

5. Memoria a los obispos de Francia, 1798

In *Documentos Históricos* p. 110

Todas recordarán que como Hijas del Corazón de María están en el mundo sin ser del mundo; que no están allí más que para extender el buen olor de Jesucristo; que a ejemplo de aquellas ilustres vírgenes de los primeros siglos del Cristianismo, -- que, como ellas, vivieron en el mundo, y que en gran número sellaron su fe con su sangre, -- las Hijas del Corazón de María ya no deben vivir para sí mismas, que son por entero del divino esposo, y que todo lo que tienen, todo lo que puedan tener, lo tienen que emplear para la gloria de su Esposo y para el bien de su Iglesia. Que, elegidas especialmente para rendir al fin de los tiempos a la Reina de las Vírgenes todos los honores que se pretendía arrebatarse, están íntimamente persuadidas de que María, que en todos los tiempos ha sido el refugio del mundo cristiano, lo será más particularmente aún en estos últimos años en que los asaltos del infierno serán más violentos. Convencidas además de que ellas no pueden hacer nada más agradable al Hijo de Dios que honrar a su Madre, que honrarla a Ella es honrarlo a El mismo, que es a Él al que se sigue siguiéndola, y que reposar en el Corazón de María es ocupar el centro del Corazón de Jesús, deben esforzarse por prestarle en todo momento la veneración más profunda, dedicarle el más tierno afecto, amarla tiernamente, venerar sus privilegios y su grandeza; pero lo que esta augusta Madre espera sobre todo de las Hijas de su Corazón, es que se parezcan a Ella y que se apliquen sin descanso a moldear su corazón según el suyo, como la más cumplida imagen del Corazón de su divino Hijo, haciéndose cada día más humildes, más dóciles, más pacientes, más obedientes, más interiores, más desprendidas de todo lo sensible, más crucificadas con Jesús, más unidas a Dios por el constante ejercicio de la oración y la práctica habitual de la abnegación.

Tal es el espíritu que debe guiar la conducta de las Hijas del Corazón de María. Alejadas de las vanidades del mundo, santamente diligentes por todo lo que pueda acercarlas al celestial Esposo, cada una de ellas cumplirá los deberes de su estado con tanta mayor exactitud cuanto más se incline no por miras humanas, sino por motivos sobrenaturales y divinos. En la elección de un estado, guiadas^o por la obediencia, consultarán menos su gusto natural que la necesidad de los fieles y la gloria de Dios. Las que estén obligadas a proveer a su subsistencia por un trabajo asiduo, tendrán cuidado de santificarlo en todo momento. Las que estuvieran sirviendo dignificarán su estado por la grandeza de sus sentimientos. Las que estuvieran más libres utilizarán su tiempo y sus medios para las buenas obras. Su vida, según la regla de la obediencia se repartirá entre la oración, la ayuda a los pobres, y un trabajo adecuado a su estado. Todas se conducirán de manera que puedan ser modelo para las personas de una condición semejante a la suya.